



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 13: HACIA LA ETERNIDAD

La vida en la presencia de Dios

“Oh Pastor de Israel, escucha; tú que pastoreas como a ovejas a José, que estás entre querubines, resplandece. Despierta tu poder delante de Efraín, de Benjamín y de Manasés, y ven a salvarnos. Oh Dios, restáuranos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos” (Salmo 80:1-3).

El cautiverio era la última y más grande consecuencia de desobedecer la voz del Señor (Deuteronomio 28:36). El pueblo de Israel interpretó este hecho histórico mediante la metáfora del ocultamiento del rostro de Dios y, por lo tanto, composiciones literarias como el salmo 80 expresaban el anhelo de **ver resplandecer el rostro del Creador** para salvar a su pueblo.

En esencia, el pueblo de Israel oraba para restaurar su comunión con Dios. Misma comunión que Cristo prometió a sus discípulos que tendrían si permanecían en Él a través de guardar su Palabra:

*“Si permanecéis en mí, y **mis palabras permanecen en vosotros**, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”* (Juan 15:7).

Uno de los aspectos más fascinantes acerca de la salvación es que se trata, en términos generales, **del restablecimiento de la comunión entre el ser humano y Dios**. No hablamos solo de un procedimiento legal en el que el beneficiado es declarado “justo”, sino también de la regeneración completa del ser mediante un vínculo íntimo con el Creador a través de Cristo.

En virtud de este privilegio, quien está en Cristo puede exclamar como el profeta Elías: **“Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy...”** (1 Reyes 17:1).

Esta experiencia de los redimidos llegará a su máxima expresión cuando habiten en las moradas celestiales. Más allá de las calles de oro, incluso más allá de las *“cosas que ojo no vio, ni oído oyó”*, el gozo y el cántico de los salvos estará inspirado en el hecho de que ahora viven en la presencia misma de Dios, **y pueden verle cara a cara**.

Toda rodilla se doblará delante del Señor

“Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17).



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 13: HACIA LA ETERNIDAD

Cuando pensamos en la salvación, con frecuencia nuestra mente se dirige a las recompensas futuras, a las moradas celestiales o a la vida eterna. Sin embargo, la Escritura presenta una realidad aún más profunda: **el mayor privilegio de los redimidos será vivir para siempre en la presencia de Cristo**. El propósito final del plan de salvación no consiste simplemente en librar al ser humano del pecado, sino en **restaurar plenamente la comunión entre el Creador y sus hijos**.

Por esta razón, la promesa de Pablo en 1 Tesalonicenses alcanza su punto culminante en una sencilla declaración: *“y así estaremos siempre con el Señor”*. Allí se encuentra la esencia misma del cielo. La eternidad será el disfrute ininterrumpido de la presencia de Aquel que nos amó, nos redimió y nos transformó por su gracia.

Esta realidad también nos ayuda a comprender el destino de quienes rechazan persistentemente la misericordia divina. La presencia de Dios es **perfecta santidad, perfecto amor y perfecta justicia**. Para aquellos que han aprendido a deleitarse en Cristo, esa presencia será fuente de gozo eterno. Pero para quienes se aferraron al pecado, la gloria de Dios resultará insoportable, porque nunca permitieron que la gracia transformara sus corazones.

Lejos de ser un decreto arbitrario, la separación final entre Dios y el pecador es el resultado natural de una vida que rechazó la obra transformadora de la gracia. Quien no aprende a amar la santidad difícilmente podrá disfrutar de la presencia de Aquel que es santo. Por eso, **el gozo de la santidad y la gracia de Cristo** son las únicas realidades capaces de dar verdadero reposo al alma humana.

Sin embargo, el Señor no nos invita a esperar hasta la eternidad para experimentar esa comunión. Mediante su Palabra, la oración y la obra del Espíritu Santo, los creyentes pueden comenzar desde ahora a disfrutar de la cercanía de Cristo. **La vida cristiana es una preparación diaria para vivir en la atmósfera del cielo**.

“Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10-11).

La Biblia enseña que llegará el día en que toda la creación reconocerá el señorío de Cristo. Tanto los salvos como los perdidos admitirán la justicia de su gobierno y la rectitud de sus juicios. Nadie podrá negar su gloria, su autoridad ni su amor.

La gran diferencia radica en cuándo decidimos reconocerlo como Señor. Hoy todavía hay misericordia, intercesión y gracia abundante para todo aquel que se acerca a Cristo con arrepentimiento. **Hoy es el momento oportuno para doblar voluntariamente nuestras rodillas delante de Él** y aceptar su salvación.



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 13: HACIA LA ETERNIDAD

Un día toda rodilla se doblará. La pregunta no es si ocurrirá, sino **de qué lado estaremos cuando suceda**. Por eso, mientras el Espíritu Santo continúa llamando al corazón humano, conviene responder a su voz y permitir que nos conduzca a Cristo, para que en aquel día podamos contemplar con gozo a Aquel en cuya presencia deseamos vivir por toda la eternidad.

La Nueva Jerusalén: nuestro hogar eterno

“Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3).

La visión de la Nueva Jerusalén presentada en Apocalipsis no tiene como propósito principal describir calles de oro o edificios gloriosos. Su énfasis está en una realidad mucho más profunda: **la restauración definitiva de la comunión entre Dios y su pueblo.**

Juan contempla la santa ciudad descendiendo del cielo, preparada como una esposa para su marido. Esta imagen apunta al momento en que Cristo recibe plenamente su reino y establece para siempre su gobierno de justicia. Por eso, la Nueva Jerusalén es presentada como la esposa del Cordero: simboliza **la unión perfecta entre Cristo y su reino eterno.**

Las Escrituras enseñan que los creyentes tienen acceso a esta realidad por medio de la fe. Hoy participamos de las bendiciones de Cristo mediante su intercesión y su gracia; mañana participaremos de la celebración eterna de su victoria. Por esta razón, lo más importante no es simplemente esperar la llegada del reino, sino **estar vestidos con la justicia de Cristo.**

La justicia de Jesús no solo cubre nuestra culpa, sino que transforma nuestra vida. Su carácter llega a ser el modelo del creyente, capacitándolo para vivir en obediencia y comunión con Dios. De esta manera, somos preparados para habitar eternamente en su presencia.

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

La mayor promesa de la Nueva Jerusalén no consiste en lo que recibiremos, sino en **con quién estaremos**. Dios mismo habitará con los redimidos. Veremos el rostro de Aquel que nos amó desde antes de que le conociéramos y viviremos para siempre bajo la luz de su presencia.

Por eso, la esperanza cristiana no está centrada en las recompensas del cielo, sino en Cristo mismo. **Nuestra porción será Él.** Y cuando finalmente le veamos cara a cara, comprenderemos que todas las pruebas de esta vida eran pequeñas comparadas con la gloria eterna que ha preparado para los que le aman.

El principio de la vida eterna



II TRIMESTRE - 2026: CRECIENDO EN NUESTRA RELACIÓN CON DIOS.

LECCIÓN 13: HACIA LA ETERNIDAD

“Destruiré a la muerte para siempre; y enjugaré Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros... Y se dirá en aquel día: He aquí, este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará” (Isaías 25:8-9).

La promesa final del evangelio no consiste únicamente en la eliminación del dolor, la muerte o el sufrimiento. Aunque estas bendiciones son gloriosas, la mayor esperanza de los redimidos será **gozarse eternamente en la presencia de Dios**. Por eso Isaías presenta a los salvos exclamando: *“Este es nuestro Dios, le hemos esperado”*. El cielo consiste, ante todo, en la comunión perfecta con Aquel que nos salvó.

Sin embargo, esta experiencia no comienza después de la resurrección. Cristo enseñó que la vida eterna puede iniciar ahora mismo en el corazón del creyente. *“El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna”* (Juan 5:24). La vida eterna no es solamente una promesa futura; es una realidad presente para quienes viven en comunión con Cristo.

Por esta razón, Jesús invita a todos los cansados y cargados diciendo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). El verdadero reposo no se encuentra en un lugar, sino en una Persona. **El descanso del alma se halla en la presencia de Cristo.**

Esta misma verdad fue destacada por Ellen G. White al afirmar que Cristo se unió a la humanidad para que pudiéramos unirnos a Él. Mediante la fe, su vida llega a ser nuestra vida. El Espíritu Santo mora en el creyente y esa unión constituye **el principio de la vida eterna**.

La resurrección futura será la continuación de una relación que comienza hoy. Quienes reciben a Cristo, contemplan su carácter y permanecen unidos a Él por la fe poseen una esperanza que la muerte no puede destruir. **La eternidad empieza cuando el alma entra en comunión con Jesús.**

Cuando Cristo regrese, no recibiremos una experiencia completamente nueva; disfrutaremos para siempre de la misma comunión que hoy podemos conocer por medio de su Palabra, de su Espíritu y de su gracia.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!